

El perfil del voto en el más allá

Raúl Mejía*

Cuando me preguntaron si estaría interesado en participar en unas conferencias acerca de un asunto electoral, dudé. Cuando me dijeron que era sobre el perfil del votante mexicano en Estados Unidos dudé aún más, pero acepté por una impunidad explicable y porque algo ha venido sucediendo desde que regresé de una estancia en aquél país que se prolongó tres años y en dos circunstancias distintas: como indocumentado primero y como Residente estadounidense después. Lo que “ha venido sucediendo” es que un paisano *mojarra* (como lo fui y quizás lo soy) cuando regresa al terruño lo hace con una pátina de heroísmo y un bagaje de experiencias que lo hacen sujeto de consideraciones y apapachos por parte de amigos y familiares. No crean que ese programa paisano, tan pleno de culpabilidad por parte del estado mexicano es cualquier cosa. Uno ya no sabe si le están dando la bienvenida como héroe trágico o, dada la tragedia, que lo están advirtiendo de lo que le puede pasar apenas se pisa la patria.

En mi caso, ocurrió que algunas personas consideraban que estaba apto para hablar no sólo de la experiencia migrante, sino de la crisis hipotecaria, el sistema electoral gabacho, los medios de comunicación y la literatura norteamericana. Eso envanece.

Por eso acepté. Por un ego desmesurado. Pero cuando leí sobre estas conferencias y el perfil de quienes estaban invitados me sentí abrumado, sobre todo porque hace años vivo escindido. No crean que esa escisión es en función de ser indocumentado o documentado -cosa de suyo triste y compleja- sino por otro asunto que es necesario exponer brevemente antes de entrar en materia. Se trata de lo siguiente: hasta los treintaitantos, siempre creí que lo general y lo particular, como categorías, se complementaban. Conforme cumplí años y observaba ciertos fenómenos de la vida cotidiana y de la nacional, ya no supe de qué lado habitaba con menos conflictos: si en lo general o en lo particular.

Por ejemplo, luego de años de observar, como simple aficionado poco informado (es decir, como ciudadano) a gobernadores, senadores, diputados, funcionarios y líderes de toda índole, llegué a la peregrina conclusión de que la clase política que padecemos (sobre todo la actual) es tan, pero tan mediocre, que ya no inspiran coraje, sino ternura. Así, *en general*; pero alguien me invitó

* Escritor

a matizar: “no puedes *generalizar* tan groseramente –me decían-. *No toda* es tan tiernamente mediocre” y yo, pues matizaba: “bueno, casi toda”. Otro ejemplo: por años ha sido tan reiterada esa mexicanísima práctica de la impuntualidad que llegué a dos conclusiones de trascendencia particular. La primera, que los mexicanos no llegamos tarde; *se nos hace tarde*. “Algo” fuera de nuestro control y capacidad cognoscible nos trastorna los trayectos en las citas: vamos bien, pero *se nos hace tarde*. No es, pues, nuestra responsabilidad. La segunda conclusión a que llegué en este rubro fue tajante: los mexicanos, sin remedio y todos, somos unos impuntuales... pero alguien me invitó otra vez a matizar... y lo hice aunque sólo conozco dos seres humanos puntuales en el universo particular de amistades.

A lo que voy (dirán que ya era hora; y con razón) es a lo siguiente: lo que expondré es la visión de un profano sobre un tema que seguramente estará poblado de datos duros, particulares, profesionales y científicos que me resultan, en general, valiosos, pero que yo, en particular, abordaré desde otra perspectiva.

Si; lo hasta aquí expuesto ha quedado claro.... Es que no me expliqué correctamente. Empiezo pues.

Yo trabajaba en un club de yates en Marina del Rey cerca del aeropuerto internacional de Los Angeles, como encargado de un snack bar, cuando tuve las primeras noticias de que el gobierno mexicano estaba de lo más interesado en incorporar a los millones de paisanos a un padrón con el fin de captar sus votos en la próxima elección federal; la del 2006. En general me pareció una idea *interesante*, pero en particular un poco descabellada. ¿En qué cabezas anidó la expectativa de que esos millones de desplazados de sus derechos elementales en Michoacán, empezando por el de una vida digna, estaban ansiosos por ejercer uno de los derechos que menos se habían respetado en décadas de jornadas electorales o que se sentían incompletos por no ejercerlo? No sé, pero como *en general* era una idea digna, se vendió. ¿Quién puede cuestionar los *considerandos* de un proyecto de ese talante? Nadie... bueno, *en general*, nadie, pero en *particular* sí. Quien les narra esto es parte de esas particularidades; valga la redundancia.

Mi trato cotidiano era con personas que estaban *batallando* día a día en la unión americana para conseguir una parte del sueño americano. Unos con documentos y la mayoría sin ellos. No los abrumaré. Sólo apunto que todos habían dejado querencias, sabores, paisajes, amores, afectos... y derecho al voto, claro. ¿Qué esperaban estas personas de su país? Poco. Sus expectativas estaban y están centradas en regularizar su situación *en Estados Unidos*. En cumplir los requisitos infames que los mexicanos deben cumplir si quieren ser candidatos a la residencia legal (porque no es lo mismo ser inmigrante mexicano que cubano; ucraniano que mexicano; argentino que mexicano). ¿Qué parte de México les importa? La familia, los amigos, los sabores, “el cuartito de la casa de la mamá”, los útiles de los escuincles.... Y el derecho al voto, claro.

Hice mi encuesta, por supuesto. Ya se sabe: si no está encuestado el asunto, no existe. No es. Mi universo fue de unos treinta paisanos y los resultados fueron impresionantes: a *ninguno* le importaba en lo más mínimo ser tomado en cuenta para votar (ni en una elección federal ni en una local). “¿A qué se debe?” –me pregunté atribulado–. La respuesta lógica era otra pregunta: ¿por qué habría de importarles si hay otras cosas en qué pensar?

“Es una cuestión de cultura” –concluí en un arranque de lirismo académico–. “El gobierno gastará millones de pesos en algo que, desde ahora se los digo, será un fracaso”... y así se lo comenté a un amigo del Instituto Electoral de Michoacán que me llamó para pedir mi opinión. No como una *asesoría*. No. Mera curiosidad de saber lo que pensaba un paisano. Espero recordar la respuesta: “como ciudadano mexicano -le dije mientras le tomaba a la cerveza New Castle que degustábamos- me agravia que se vayan a gastar tantos millones de pesos en algo que no le importa a los paisanos acá. Mejor traten de hacer buen *lobby* y metan el asunto de la legalización de millones de indocumentados en la agenda gringa... eso sí importa”.

Pero como mi opinión era *particular* e irrelevante, el asunto se echó a andar. ¿Ustedes creen que una institución va a perder la ocasión de confirmar lo impropio de un planteamiento tan digno como es el derecho al voto? No. No importa cuánto se gaste. Es el costo del aprendizaje. Las pruebas de ese “costo de aprendizaje” están en la memoria del voto de los michoacanos en el extranjero y seguro los han escuchado suficientes veces.

Ofrezco disculpas por lo que viene a continuación: en *general*, el perfil del migrante michoacano en Estados Unidos (y del mexicano... también en *general*) es no sólo bajo: es bajísimo en términos sociales y culturales. Decir que todos los michoacanos se van al país del norte porque no tienen ni qué comer es una generalización extrema, porque muchos se van como parte de un rito de iniciación; pero si se atiende al ingreso de quienes lo hacen (incluidos los que lo hacen bajo el precepto del régimen de *iniciación*) nos daremos cuenta de algo: si una persona gana, al mes, el equivalente a seiscientos dólares mensuales en México, es incosteable, poco atractivo, irse a Estados Unidos porque el ingreso, allá, no será mucho mayor y el esfuerzo para conseguirlo, desmesurado. Mejor quedarse en México. Esto no es algo que, *en general*, se considere, porque la necesidad es una consejera implacable y son de toda índole los michoacanos que día a día prefieren vender todo y arriesgar la vida en un cruce ilegal... a quedarse a ejercer todos los derechos en México. ¿Qué clase de país somos que incluso la vida llega a valer tan poco? ¿Se lo preguntamos a algunos migrantes?

Hay un segmento social con el que conviví de manera intensiva conformado por niveles sociales, educativos y culturales diversos. Desde muy bajos hasta muy altos: algunas de esas personas incluso con dificultades para leer y otros que en alguna parte de su vida fueron parte de élites políticas y educación de alto nivel. Etiopes, nigerianos, japoneses, argentinos, españoles,

franceses, mexicanos. Con mis paisanos, por ejemplo, experimenté cosas que me dejaban extrañamente perturbado: eran esas personas que en México, cuando se tiene un nivel de vida que estadísticamente se conoce como “clase media”, pasan como parte del paisaje urbano: un “espejo” que nos devuelve una imagen que pretendemos ignorar. Son los que no tienen oportunidad de nada: las empleadas domésticas, los choferes de combis, los tragafuego. Estas personas, cuando deciden emprender el camino al norte, no van a ser o hacer algo distinto en USA: serán meseros, dependientes, jardineros, empleadas domésticas... pero hay destellos vitales en su mirada, en su forma de ser y estar en un entorno tan diferente. Un brillo en los ojos, ausente a fuerza de ser negado, permanentemente postergado o ninguneado en la bravía tierra mexicana. Son la muestra de un fracaso nacional en la educación, en la productividad, en la justicia. Es una clase social sin alicientes. Los permanentemente jodidos.

No debería haber personas destinadas a desarrollar ciertas actividades, pero hay una especie de reiterada confirmación cuando se trata de los trabajos: un chino tiene un restaurante o una lavandería, un japonés o un coreano, parecen siempre insertos en trabajos de cuello blanco, los hindúes acaparan el mercado de los taxis... y los latinos estamos en el área de los servicios (menos los cubanos, argentinos y puertorriqueños). Somos subalternos aunque haya excepciones.

Pienso en Ana. Creo tenía 65 años. Estaba en uno de los grupos de “inglés como segunda lengua” y compartimos mesa en la cafetería de la escuela durante los recesos. La mitad de su vida la había pasado en USA. Era oaxaqueña y la primera vez que asistía a una escuela para aprender otro idioma. Me decía que era feliz en California porque el clima era agradable y le creí. Tomó una hoja y dibujó un mapa para explicarme en dónde vivía. Hay una forma de agarrar el lápiz, que, sin ser experto en cuestiones de análisis de posturas al escribir ni moditos para ello, uno entiende que se trataba de una mujer cuyo paso por las aulas fue el suficiente para apenas leer. Era como si se aferrara al bolígrafo y luego hubiese un temor al momento de deslizarlo por el papel. Hay una dificultad para aprender y observaba a los profesores a quienes les resultaba agobiante dar alguna explicación sobre los verbos irregulares u otro tópico igualmente “inaccesible” si no se tienen herramientas mínimas de aprendizaje, ésas que, en general, están ausentes en los etíopes, nigerianos y salvadoreños. Había que simplificar la información y ni así era suficiente: se debía casi banalizar, hacerlo, como si fuese para alumnos de kinder, con palitos y bolitas. Estas personas (y son la mayoría) tomaban sus lápices con la misma dificultad que Ana y los maestros apenas disimulaban una desesperación resignada. Finalmente era su trabajo enseñarles el idioma y esos nuevos habitantes del país más rico del mundo se aferraban a la oportunidad. Vivían mejor que en sus países de origen o tienen fe en que así será. Tenían (tienen) ese brillo en los ojos que se adquiere cuando uno sabe que está aprendiendo y

aprehendiendo algo que es útil no sólo como capital abstracto (el certificado de secundaria, por ejemplo), sino en lo concreto. En la vida cotidiana.

En el año 2004, volví nostálgico a una zona en donde siendo joven trabajé: la tierra caliente michoacana. Veinte años pasaron antes de tener la ocasión de hacerlo. El lugar se llama Susupuato. Es de lo más pobres de Michoacán (y, por ello, de México) en donde a principios de los ochenta estuve como empleado de COPLAMAR en las zonas que esa dependencia definía como *permanentemente pauperizadas*. No pobres o en vías de desarrollo, sino miserables de manera permanente.

Veinte años después, Susupuato seguía igual. Ningún cambio. Idéntico al que conocí en 1982, cuando sus habitantes vivían de lo que les enviaban sus parientes en Estados Unidos. La imagen era la misma: muchas mujeres y ancianos. Los pocos jóvenes tomando cerveza; unos esperando la ocasión de emigrar. Todo parece (o parecía) detenido en ese lugar. Ni en Papatzindán, ni en Taracatio ni el El Olivo pasa algo. Todos se van.

¿Podría hacerse algo? Yo creo que sí. Si la educación funcionara, pero ¿funciona?

Me ubico ahora en el 2005. Es mayo. Se trata de llevar a cabo unas encuestas para saber cómo se perciben los programas del gobierno estatal en las zonas económicas en que la entidad se ha dividido y las preguntas se debían hacer al pueblo. No al profesor, al sacerdote o al líder de algo: a la *gente*. Como puedo escoger, optó por la tierra caliente y la costa: “¿Cómo percibe el trabajo de la Secretaría de Desarrollo Agropecuario?” –se les pregunta. Silencio. No entienden la pregunta. Hagámosla más sencilla: “¿Cómo hacen su chamba los de la SEDAGRO por aquí?” Silencio. No entienden la pregunta.

Me llama la atención que no hay capacidad para decodificar la información. ¿Es una excepción? Si queremos confortarnos y no sentir feo, está bien: estas personas no son el resultado de un fracaso educativo; son *las excepciones*. Es lo mismo que pasa en las universidades, con pléyades de alumnos con suficientes recursos económicos que no me explico cómo llegaron a ese nivel. La información se les debe proporcionar no en un lenguaje abstracto, sino molidito porque de lo contrario no entienden... después no sólo molidito, sino como si fuera papilla para bebé porque de otra manera no entenderían, no avanzaríamos. Me consta esta experiencia *particular*.

Es la demostración *aristotélica* del fracaso educativo de México. Un sistema que por sí mismo no da para soñar con una movilidad social mínima. Las personas que visité nostálgico son no sólo pobres, sino muy pobres; parece su “condición natural”. Tan “natural” como ser muy rico. Los extremos se tocan. Ambos son igual de petrificados. Ninguno parece entender lo que pasa.

Me pregunté muchas veces, al recorrer el entorno en que estas personas de tierra caliente viven, si sólo es cuestión de darles una oportunidad. La educación es una oportunidad... si fuera educación y no una credencialización, como le llama Gabriel Zaid a este asunto.

Oportunidades, oportunidades... ¿de qué vive esta gente? De vender sabritas, iguanas, panes, frutas, aves exóticas... y de sus parientes en Estados Unidos. No creo que, en las condiciones educativas en que vivimos, puedan reconocer y aprovechar una oportunidad. ¿Cómo hacerse cargo de la producción, cuidado, administración, comercialización de una oportunidad si no hay educación? A estas personas sólo hay una forma de ayudarles: dándoles algo a cambio de casi nada. No hay valor agregado vía la educación aunque haya escuela y maestros que van dos o tres días a la semana y tienen juntas sindicales, paros y grillas que son más importantes que el ejercicio docente. ¿Cuántos días de clases mediocres se imparten en el México urbano? ¿Cuántos en el rural? ¿Cuánto tiempo pasan sin trabajar los profesores por estar luchando en nombre de la buena educación?

Pasaron más de veinte años antes de volver a Susupuato. Más de una generación. Supongo habrá otra (generación) que acaso modifique esta circunstancia. Es la esperanza. No ocurrió, pues, en Susupuato, pero quizás en otros lugares empiece a operar el milagro (¿de qué otra forma ocurren las cosas en México, salvo por milagro?). Lo que sí es algo empírico, comprobable, es que los niños que padecen a estos “apóstoles de la enseñanza”, llevan un código genético: emigrarán a Estados Unidos. Es, también, un rito de iniciación.

Esta es la generalidad de los paisanos que llegan a Estados Unidos y su vida cambia. Tan cambia, que se corre cualquier riesgo. No hay *border patrol* que lo impida ni suficientes *minutemen* que disuadan a un susupuatense de emprender el viaje. En México deberíamos preguntarnos qué hacemos para que ese tipo de personas, sin valor agregado vía la educación, le plante a México más de 20 mil millones de dólares al año. Si los mexicanos que nos mandan dinero conformaran la Secretaría de Paisanos en el Norte, sería la única cuya eficiencia es rentable, eficiente y calvinista: no necesita a un secretario, ni subsecretarios, ni directores de área, ni asesores, ni sindicato. Es cosa de no tener alicientes en una nación que tanto los ama e irse a batallar al otro lado. Con sólo eso, le meten a México más de lo que es la inversión extranjera en el país y son quizás la segunda fuente de ingresos para una economía manejada por una clase política y empresarial que no sólo es mediocre: es miserable.

El meollo del asunto es de educación. Un rubro que en México (y más en Michoacán) es una burla a la sociedad ¿debo matizar? Me niego. Lo he visto en el nivel universitario, que culpa al preparatorio y éste al secundario y así nos vamos hasta el ginecólogo. Lo que uno ve, como ciudadano, son paros, huelgas, protestas, niños sin clases, suspensiones de clases programadas anualmente, alumnos rechazados por incompetentes que reclaman nuevos exámenes de admisión *per secula seculorum*... y tengan por seguro que terminarán siendo licenciados en algo... y seguirán con la maestría.

Nuestro perfil en Estados Unidos y en donde quieran es, en general, deplorable. Sin educación no hay esfuerzo cívico, político, económico,

profesional, que tenga resultados satisfactorios. A los mexicanos (y a los irlandeses, rusos, negros y lo que quieran) no se les discrimina por ser de esos países o esa etnia aunque haya particularidades. A nosotros se nos discrimina, en todo caso, por tener un bajísimo nivel educativo. La responsabilidad, en todo caso, es, o debe ser compartida: sociedad e instituciones.

Ese es nuestro perfil. De aquí podrán salir nuevos esquemas para fomentar el voto de los michoacanos en el extranjero. No importa el costo. El saber cuesta. Pero desde una perspectiva particular, primero se debe educar. Ir a clases con maestros que lo sean, no que ni siquiera *parezcan*.

En algún momento quizás se cruce la curva de educación con la de cultura política en personas que fueron discriminadas, deseducadas y ninguneada en México. Entonces sí, hasta los costos de operación de los planes se abatirán. Sin educación, se seguirá gastando, no invirtiendo.